

# El abeto

Hans Christian Andersen







En lo profundo del bosque crecía un precioso abeto; tenía mucho espacio al sol, recibía aire suficiente y a su alrededor vivían numerosos camaradas grandes, tanto abetos como pinos. Pero el pequeño abeto era muy impetuoso, y quería crecer rápidamente. No pensaba en el tibio sol y el aire puro, no le interesaban los hijos de los campesinos que pasaban cuchicheando cuando salían a buscar fresas o frambuesas. A menudo llenaban un frasco o volvían con las fresas ensartadas en una rama. Se sentaban al lado del arbolito y exclamaban: “¡Qué pequeño es!”. Y al arbolito no le gustaba oírlos.

Al año siguiente le había crecido un brote largo. Y un año después, uno aún más largo; porque en un abeto siempre se pueden ver los años de crecimiento por los nudos que tiene.

“¡Ah!, si tan sólo fuera un árbol tan grande como los demás”, suspiraba el arbolito, “podría extender mis ramas a mi alrededor y con la punta ver todo el mundo. Los pájaros construirían nidos entre mis ramas, y cuando soplara el viento inclinaría mi punta con gran estilo, como aquellos otros.”

No disfrutaba del sol, ni de los pájaros ni de las rojas nubes que flotaban sobre él al amanecer y al anochecer.

Cuando llegaba el invierno, y la nieve cubría el bosque con su brillante manto blanco, a menudo una liebre saltaba por encima de él y... ¡ay, cómo le enojaba eso! Así, pasaron dos inviernos más y al tercero, el árbol era tan grande que la liebre debió rodearlo. Y el arbolito pensaba: “¡Crecer, crecer, llegar a ser viejo y grande, debe de ser lo único hermoso en este mundo!”.

En el otoño venían los leñadores y cortaban algunos de los árboles más grandes. Ocurría todos los años, y el joven abeto, que ya había crecido bastante, se estremecía, dado que los grandes y espléndidos árboles caían a tierra entre cruji- dos y un gran estruendo. Les cortaban las ramas

y quedaban desnudos, largos y angostos, casi irreconocibles. Luego los colocaban sobre carros y los caballos los arrastraban fuera del bosque.

¿Adónde los llevaban? ¿Qué les ocurriría?

En la primavera, cuando llegaron las golondrinas y las cigüeñas, el árbol les preguntó ansioso:

—¿Saben adónde los llevan? ¿Los encontraron?

Las golondrinas no sabían nada, pero una cigüeña lo miró pensativa, asintió con la cabeza y dijo:

—Creo que sí. Encontré muchos barcos nuevos cuando volé a Egipto; en los barcos había magníficos mástiles de madera. Me atrevo a afirmar que eran ellos; olían a abeto. Los saludé muchas veces y se erguían orgullosos.

—¡Ah, si sólo fuera tan grande como para navegar sobre el mar! ¿Cómo es ese mar, a qué se parece?

—Es complejo de explicar —contestó la cigüeña, y se fue.

—Alégrate por tu juventud —decían los rayos del sol—. Alégrate por tu fresco crecimiento, por la joven vida que hay en ti.

Y el viento besaba el árbol, y el rocío lloraba sus lágrimas sobre él, pero el abeto no los comprendía.

Cuando se acercaba el tiempo de Navidad, los hombres venían a cortar árboles jóvenes, incluso algunos más pequeños que este abeto, que no tenía paz ni reposo, que siempre quería salir a la aventura. A esos árboles jóvenes, los más hermosos, les dejaban sus ramas; los colocaban sobre carros y los caballos los llevaban fuera del bosque.

—¿Adónde van? —preguntaba el abeto—. No son más grandes que yo; incluso hubo uno que era mucho más pequeño. ¿Por qué les dejaron todas sus ramas? ¿Adónde los llevan?

—¡Lo sabemos, lo sabemos! —gorjeaban los gorriónes—. En el pueblo miramos por las ventanas y supimos adónde fueron. Los llevaron a un sitio lleno de esplendor y maravillas inimaginables. Vimos por las ventanas que los plantaban en medio de la cálida sala y los adornaban con los objetos más espléndidos: manzanas doradas, masitas de miel, juguetes y muchos cientos de velas.

—¿Y entonces? —preguntó el abeto, y temblaban todas sus ramas—. ¿Y entonces? ¿Qué ocurrió entonces?

—No hemos visto más. ¡Era inigualable!

—¿Será mi destino seguir ese camino luminoso? —se alborozaba el árbol—. ¡Es aún mejor que cruzar los mares! ¡Cómo me hace sufrir este anhelo! ¡Si tan sólo fuera Navidad! Ya soy alto y erguido como los otros, los que se llevaron el año pasado. ¡Ah, si tan sólo estuviera sobre el carro! ¡Si tan sólo estuviera en la cálida sala, con todas esas galas y maravillas! ¿Y qué vendrá después? Porque después debe de venir algo aún mejor, más bello. De otro modo, ¿para qué me adornarían así? Después debe de seguir algo aún más grande, más esplendoroso. Pero ¿qué? ¡Ay, cómo sufro! ¡Cuánto anhelo saber! ¡Ni yo mismo comprendo lo que me sucede!

—¡Alégrate con nosotros! —le pidieron el aire y la luz del sol—. ¡Alégrate por tu fresca juventud al aire libre!

Pero el árbol no se alegraba; crecía y crecía. Se mantenía verde en invierno y en verano, de un verde muy oscuro. Las personas que lo veían exclamaban: “¡Qué bello árbol!”, y para Navidad fue el primero que cortaron. El hacha se hundió en su médula y el árbol cayó al suelo con un suspiro.

Sentía un intenso dolor, una terrible impotencia. No podía pensar en la felicidad, se sentía triste por tener que separarse del hogar, del sitio del que había brotado. Sabía que nunca más vería a sus queridos y viejos camaradas, los pequeños arbustos y las flores a su alrededor; quizá ni siquiera a los pájaros. La despedida no era nada agradable.

El árbol recién volvió en sí cuando estuvo en el patio, junto con los demás árboles, y escuchó la voz de un hombre decir: “¡Es magnífico! ¡Es justo lo que necesitábamos!”. Entonces llegaron dos sirvientes engalanados y llevaron al abeto hasta una hermosa e inmensa sala. En las paredes, a su alrededor, colgaban retratos, y sobre la gran chimenea con azulejos se veían jarrones chinos con leones. Había hamacas, sillones de seda, grandes mesas llenas de libros con imágenes y juguetes por valor de cien veces cien monedas de oro; al menos es lo que decían los niños.

Los sirvientes levantaron el abeto y lo colocaron en un cajón lleno de arena; pero nadie veía el cajón porque lo cubrieron con una tela verde, y lo situaron sobre una gran alfombra multicolor. El árbol se estremeció. ¿Qué ocurriría ahora?

Los sirvientes y las mucamas comenzaron a adornarlo. Colgaron de sus ramas pequeñas redes recortadas de papeles de colores, y cada redecilla estaba llena de golosinas; colgaron manzanas doradas y nueces, como si hubieran crecido allí; y fijaron en las ramas cientos de pequeñas velas rojas, azules y blancas. Muñecos tan vívidos que parecían personas (el árbol nunca había visto cosa semejante) se asomaban entre lo verde y, arriba de todo, en la punta, colocaron una gran estrella dorada. Era magnífico, incomparablemente maravilloso.

—¡Esta noche! —exclamaban todos—, ¡esta noche debe resplandecer!

“Ah”, pensó el árbol, “¡si tan sólo ya fuera la noche! ¡Si ya estuvieran encendidas las velas! ¿Y qué ocurrirá? ¿Vendrán los árboles del bosque a verme? ¿Volarán los gorriones en la ventana? ¿Habré echado raíces aquí y tendré que estar adornado en invierno y en verano?”.

Sí, creía saber lo que habría de pasar; pero tenía dolor de corteza por la ansiedad, y el dolor de corteza es tan insoportable para un árbol como el dolor de cabeza para las personas.

Entonces se encendieron las velas. ¡Qué esplendor, qué fastuosidad! El abeto se estremeció de placer y una de las ramas se prendió fuego con las velas. ¡Ay, qué ardor!

—¡Dios nos libre! —gritaron los sirvientes, y apagaron rápidamente el pequeño incendio.

El árbol ya no se atrevía a temblar siquiera. ¡Qué espanto! Temía perder parte de sus adornos, estaba como aturdido entre tanto esplendor... Y ahora se abrieron las puertas de los lados y muchos niños entraron corriendo, como si quisieran voltear al árbol. Los mayores venían detrás, más calmados. Los pequeños quedaron en silencio, pero sólo por un instante. Entonces volvieron a dar gritos de alegría que llenaron de ecos la sala, bailaron alrededor del árbol y fueron sacando los regalos uno tras otro.

“¿Qué están haciendo?”, se preguntó el árbol. “¿Qué ocurrirá ahora?”. Y las velas se consumieron en las ramas y fueron apagadas; y entonces les dieron permiso a los niños para saquear al árbol. ¡Ay! Se abalanzaron sobre él y todas sus ramas crujieron; de no haber estado atado al techo, se habría caído al suelo.

Los niños bailaban con sus maravillosos juguetes; nadie miraba al árbol, salvo la vieja niñera, que revisaba sus ramas, pero sólo para ver si encontraba algún higo o una manzana escondidos.

—¡Un cuento, un cuento! —gritaron los niños, y llevaron a los tirones a un hombrecito gordo hasta el árbol, a cuyos pies se sentó.

—Porque así estamos entre la naturaleza —dijo—, y el árbol puede sacar provecho de lo que oye. Pero sólo contaré un cuento. ¿Quieren escuchar el de “Ivede-Avede”, o el de “Klumpe-Dumpe”, que se cayó por las escaleras y sin embargo llegó hasta el trono y se casó con la princesa?

—¡Ivede-Avede! —gritaron algunos—, ¡Klumpe-Dumpe! —exclamaron otros; era un griterío terrible.

Sólo el abeto se mantenía en silencio y pensaba: “¿Y yo no participo, no tengo que hacer nada?”. Porque hasta entonces había participado, había contribuido con lo que le correspondía.

Y el hombre contó la historia de “Klumpe-Dumpe”, que se cayó por las escaleras y sin embargo llegó al trono y se casó con la princesa. Y los niños aplaudieron y gritaron: “¡Cuenta! ¡Cuenta!”.

También querían oír el de “Ivede-Avede”, pero se tuvieron que conformar con el de “Klumpe-Dumpe”. El abeto se quedó muy quieto y pensativo; los pájaros del bosque nunca le habían contado este tipo de cuentos.

“¡Klumpe-Dumpe se cayó por las escaleras y sin embargo se casó con la princesa! Y sí, así ocurren las cosas en este mundo”, pensó el abeto y creyó que era verdad, ya que lo había contado un hombre tan atildado. “¡Sí, quién lo diría! ¡Quizá yo también me caiga por la escalera y sin embargo me case con una princesa!”. Y se alegraba por anticipado de que al día siguiente lo vistieran con velas y juguetes, dorados y frutas.

“¡Mañana no temblaré!”, pensó. “Disfrutaré de todo mi esplendor. Mañana volveré a oír el cuento de ‘Klumpe-Dumpe’ y quizás el de ‘Ivede-Avede’”. Y el árbol se quedó quieto y pensativo durante toda la noche.

Al día siguiente entraron el sirviente y la mucama.

“¡Ahora vuelve a comenzar la fiesta!”, pensó el árbol. Pero lo arrastraron fuera de la sala, lo subieron por las escaleras y lo dejaron en el desván,